

CULTURA Y LITERATURA LATINA EN EL NO. PENINSULAR EN LA LATINIDAD TARDÍA

En los últimos años del siglo IV y durante el siglo V tiene lugar en la «extrema uniuersi orbis plaga», como diría el obispo de Chaves, Hidacio, refiriéndose a Gallaecia¹, un florecimiento literario que va estrechamente ligado a otros movimientos político-sociales y religiosos. Poner de relieve esta producción literaria, en su relación con la nueva situación política y religiosa, es lo que me ha movido a escribir sobre aquellas gentes y aquella cultura que, en los albores de la Edad Media o en la etapa final del mundo antiguo, según se mire, iba desarrollándose en el territorio que entonces abarcaba la provincia romana de la Gallaecia. Cultura latina, Occidente peninsular y latinidad tardía serán, pues, los tres puntos que delimitarán temática, geográfica y cronológicamente este trabajo.

1. SITUACIÓN POLÍTICA DE LA GALLAECIA EN EL SIGLO V

Políticamente Gallaecia, tras la reforma de Diocleciano, había alcanzado el estatuto de provincia y había ensanchado sus límites, al englobar Cantabria y una parte de Castilla. Si pensamos que durante el Alto Imperio las fuentes incluyen las regiones del Noroeste peninsular bajo la denominación de Asturia-Gallaecia y que figura Asturia (Astorga) siempre en primer lugar, como centro administrativo más im-

¹ En efecto, Hidacio, además de describirse a sí mismo como «prouinciae Gallaeciae natus in Lemica ciuitate», le gusta considerarse nacido en el último rincón del mundo: «ut extremus plagae, ita extremus et uitae» (§ 1 del Prólogo), y más claro aún: «intra extremam uniuersi orbis Gallaeciam» (§ 7 del Prólogo. Ed. A. Tranoy, *Hydace, Chronique*, París 1974). Valerio del Bierzo habla también de «huius occiduae plage» (§ 1) refiriéndose a Galicia, y considera a Egaria «extremo occidui maris oceani litore exorta» (§ 5), expresión que ha hecho correr ríos de tinta en su interpretación (Ed. de la carta por M. C. Díaz y Díaz como apéndice a la edición de *Itinerarium Egeriae* realizada por P. Maraval, *Egérie. Journal de Voyage [Itinéraire]*, París 1982).

portante que es, nos resultará muy extraño, pero más aún significativo la elección del nombre: provincia Gallaecia².

Será ahora, en la segunda mitad del siglo IV, cuando se dé una mayor promoción de Gallaecia en detrimento de Astorga, alcanzando entonces las zonas de la costa gallega, que se extiende hasta el Duero, su mayor desarrollo. A partir de este momento puede igualarse ya a la Bética o la Lusitania. Como consecuencia de esta situación totalmente nueva de la Gallaecia, se redistribuye el papel de las ciudades, y la «*urbs magnifica*» de Plinio, Astorga, cede su posición e importancia a la «*dives Bracara*» de Ausonio, como bien ha dicho A. Tranoy³.

A esta nueva situación política viene a unirse el cambio religioso que supone la subida al trono del «*gallaecus*» Teodosio, de Cauca, imponiendo el cristianismo y rechazando las demás religiones. Paralelamente, o a consecuencia de esto, el cristianismo penetra más profundamente en Gallaecia, y alcanza ya a las zonas rurales. Se abona así el campo para la llegada de Prisciliano y el priscilianismo.

Pero no adelantemos acontecimientos. Con este perfil histórico casi recién estrenado, en el año 411, suevos y vándalos se adueñan y reparten Gallaecia, produciendo cambios tan profundos, que como veremos luego, quedarán reflejados en el pensamiento histórico de los dos más importantes historiadores de la época, Orosio e Hidacio, ambos nacidos en la Gallaecia⁴. La caída del poder romano deja un vacío en estos historiadores, que al percibir la rotura de las estructuras del Imperio, enfilan ya un balbuciente nacionalismo que, continuado luego por Juan de Biclara, terminará ya en la definición clara y precisa de Hispania como nación, que Isidoro de Sevilla siente y nos comunica a todos de una forma muy plástica en su

² A. Tranoy, *La Galice romaine. Recherches sur le nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité*, París 1981.

³ A. Tranoy, «Contexto histórico del priscilianismo en Galicia en los siglos IV y V», en *Prisciliano y el priscilianismo* (varios), Oviedo 1982, 78.

⁴ El origen de Hidacio nos viene dado por él mismo en su Crónica, como hemos visto ya (nota 1). Más discutido es el lugar de nacimiento de Orosio. Comúnmente es considerado natural de Braga, pero también se le cree de La Coruña (Ives Janvier, *La Géographie de Orose*, París 1982, 177-178). Un nuevo origen, se trataría de un refugiado de Bretaña en Galicia, es el propuesto por M.-P. Arnaud Lindet en su edición (en prensa) de la obra de Orosio. Noticia que debo a J. Fontaine.

*Laus Hispaniae*⁵. Estamos realmente en este siglo V en una etapa trascendental para la configuración y desarrollo de la futura Hispania, que va a pasar de una estructura provincial romana a una situación más o menos unificada y presidida por la monarquía visigoda oficialmente instalada o institucionalizada en Toledo desde mediados del siglo VI. No hay que olvidar que por las mismas fechas el propio Imperio Romano se derrumba bajo la presión de los bárbaros. Era el 4 de septiembre del año 476, cuando Odoacro entraba en Ravena.

2. AMBIENTE CULTURAL EN LA PENÍNSULA

Este era el marco político en el que se encuadraba la Gallaecia, y sobre el que voy a intentar dibujar en cortas pinceladas el panorama cultural de aquellos últimos años de la Edad Antigua, siglos IV y V, en los albores ya de la Edad Media.

2.1. Panorama y oscilaciones del centro de gravedad cultural

Es curioso observar, en primer lugar, cómo en nuestra Península, siguiendo los vaivenes políticos, se producen unos trasvases culturales que desplazan los focos o centros de cultura de unos lugares a otros, de unas ciudades a otras, dentro de la Península Ibérica. Evidentemente, entonces como hoy, la literatura no puede vivir, ni puede ser entendida, sin el ambiente social que la motiva.

Es fácil imaginarnos una especie de telaraña cultural enorme que se ha ido extendiendo por toda la Península a partir de la primera riada de los bárbaros, llegando a finales del siglo XIV o comienzos del XV, cuando empieza la etapa renacentista, a todas partes, después de haber instalado su centro de difusión en diversos puntos de la Península: Gallaecia, Toledo, Córdoba, Asturias, Cataluña...⁶.

⁵ Sobre el nacionalismo de las Historias de Isidoro opinaba así C. Rodríguez Alonso: «...las Historias de Isidoro, que constituyen, a nuestro juicio, el primer monumento claro de la historiografía de aceptación nacional...», *Las historias de los godos, vándalos y suevos de Isidoro de Sevilla*, León 1975, 14 ss., 99 ss. Concretamente para la «*Laus Hispaniae*», cf. *ibid.*, 113-119 y C. Fernández Chicharro, *Laus Hispaniae*, Madrid 1948.

⁶ Un enjundioso estudio de nuestra literatura latina medieval, con una perspectiva cronológica y geográfica, nos la ofrece J. L. Moralejo Alvarez, «Literatura hispano-latina

Vamos a dejar de lado, en esta ocasión, aquellos escritores que, aun siendo de origen hispano, sin embargo, condicionados por una determinada situación político-social, se sintieron únicamente romanos, y fueron los mejores en su momento, como Séneca o Lucano. Dejemos también aquellos que sólo en ocasiones se sintieron emocionalmente hispanos, como Quintiliano o Marcial, y aquellos otros que, aunque pertenecen cronológicamente a la última etapa del Imperio Romano, son de formación y cultura romana clásica, si bien marcada por la nueva ideología cristiana, como Juvenco o Prudencio⁷. Vamos a centrarnos en aquel primer núcleo de escritores que, en mi opinión, ya se consideran ideológicamente hispanos o que al menos van a sentar las bases para el hispanismo o el nacionalismo hispano.

2.1.a) Gallaecia

Los integrantes de ese primer grupo están en la Gallaecia. Allí nos encontramos en el siglo V con los historiadores Orosio e Hidacio, que

(siglos V-XVI)» en *Historia de las literaturas hispánicas no castellanas*, dirigida por J. M. Díez Borque, Madrid 1980, 15-137.

⁷ Creo que no se puede hablar de españolismo en Quintiliano o Marcial. Incluso el «patriotismo hispano» de Marcial, del que habla M. Dolç, *Hispania y Marcial*, Madrid 1953, hay que entenderlo así: como estados emocionales del poeta en determinados momentos, sentimientos nostálgicos de un ambiente más tranquilo en medio de un mundo civilizado y muy bullicioso, como el que vive el autor en Roma.

Las alusiones de Quintiliano a España son muy escasas y en absoluto sentimentales. Algunas lingüísticas, como «gurdus» (1, 5, 57); «spartum» (8, 2, 2) o históricas, como la referida al altar de Augusto (6, 3, 77).

El espíritu clásico y cristiano de Juvenco es patente en su *Euangeliorum libri quatuor*, pretendiendo cantar en hexámetros virgilianos las hazañas de Cristo, volviendo así a una nueva Eneida como un nuevo Eneas (R. Herzog, *Bibelepik* 1, München 1775, y el art. «Juvencus» en el *Handbuch der römischen Literatur* 5, München 1987, § 558). Todo en Juvenco tiende a la «imitatio» clásica, buscando en ella la adaptación de un tema nuevo, sin ningún resabio hispano. Cf. C. Codoñer Merino, «Los escritores hispanos cristianos», en *Historia de España* II, Madrid 1982, 542-545.

Al lado de él, Prudencio, con una mayor diversidad de formas, pero con la misma perspectiva de poeta cristiano, se exalta y se llena de entusiasmo al recordar los mártires y las tumbas de la España cristiana: «Hispanos Deus adspicit benignus» (*perist.* 6, 4). Y como le ocurrirá luego a Hidacio con Gallaecia, su sensibilidad por el entorno más inmediato es patente y exclama: «Exultare tribus libet patronis / quorum praesidio fouemur omnes / terrarum populi Pyrenearum» (*perist.* 145-147). Cf. J. Fontaine, *Études sur la poésie latine tardive d'Ausone à Prudence, recueil de travaux*, Paris 1980, y J. Madoz, «Literatura latinocristiana. Escritores de época visigoda», en *Historia general de las literaturas hispánicas* I, Barcelona 1949-58, 95-103.

viven la preocupación y el problema religioso que les ha dejado planteado una de las figuras más trascendentales de la Edad Media en España, el obispo hereje ajusticiado, el primero de la historia, en Tréveris, por orden del emperador, aunque guiada la espada por la mano de la Iglesia. El papel que jugó en la historia y en la cultura lo pondré posteriormente de relieve.

También de aquel rincón de Occidente, según Valerio del Bierzo⁸, era la peregrina Egeria, que nos describe en un latín reiterativo y trabajoso, que le cuesta dominar, su viaje a los Santos Lugares.

2.1.b) Toledo

Así estaba política y culturalmente Gallaecia, con los suevos recién instalados en su territorio, cuando empiezan a desplazarse hacia Hispania los visigodos, presionados desde la Gallia, tras su derrota en Vouillé (a. 507). En su desplazamiento van a arrastrar hacia Toledo, que ellos eligen como capital, el centro cultural. No hay que esperar más que algunos años, muy pocos, para consumarse la catolización del reino, y con ello la fusión cultural de los hispano-romanos. Instalada así oficialmente, la cultura católica puede ya desarrollar plenamente su capacidad y su potencial intelectual. Se desenvuelve entonces la brillante etapa cultural del reino visigodo, uno de los momentos o el momento cultural más importante de nuestra cultura medieval.

⁸ Nacido hacia finales del siglo VI, en las proximidades de Astorga, escribe, ca. 680, una carta a una comunidad del Bierzo, dirigida por el abad Donadeus, que resulta ser una pieza clave para comprender el fragmentado relato de Egeria. Además de orientarnos sobre su vida la considera «extremo occidui maris oceani litore exorta, Orienti facta est cognita», p. 246, ed. M. C. Díaz y Díaz (nota 1).

A estas palabras de Valerio vienen a sumarse las que el obispo de Edesa dirige a la propia Egeria, cuando ésta llega a su ciudad: «Quoniam uideo te, filia, gratia religionis tam magnum laborem tibi impromisse, ut de extremis porro terris uenires ad loca...», § 19, 5, ed. P. Maraval, p. 204 (nota 1).

Estas y otras razones, como las de la lengua de la autora, apuntan hacia Galicia como patria de Egeria, aunque no faltan quienes piensan en la Gallia y en Italia. Sobre este problema cf. P. Maraval, *op. cit.*, 16-27; A. Arce, *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*, Madrid 1980, 23-27 y el más reciente trabajo de V. Almazán, «De Santa Silvia a Egeria: en busca da primeira escritora galega», *Grial* 94 (1986), 399-410.

3. SITUACIÓN CULTURAL DE LA GALLAECIA

Pero volvamos a nuestro punto de partida en el tiempo, siglos IV-V, y en el espacio, Gallaecia, que es lo que ahora nos interesa.

3.1. Prisciliano y el priscilianismo

Resulta curioso observar cómo Galicia, situada en la parte más occidental y más alejada del Imperio, es en estos momentos, siglos IV y V, la patria de los hombres letrados hispanos más importantes. Hay sin embargo un hecho que, en mi opinión, justifica tal situación: la aparición en el escenario galaico de un personaje que va a movilizar a la Iglesia entera de Hispania, que se va a adueñar de buen número de sedes episcopales de la Gallaecia, e incluso va a llevar esta preocupación al papa, en este momento el hispano Dámaso. La preocupación alcanza también a Cartago en donde está Agustín, y a Jerusalén en donde brilla la personalidad literaria de Jerónimo. Pero es más aún: ese personaje moviliza no sólo al clero, sino que el pueblo va tras él y cuenta con innumerables seguidores que terminarán siendo considerados herejes como su maestro. Y en fin, el problema llega a ser de tal gravedad que el emperador romano Máximo se ve obligado a intervenir y a condenarlo a muerte, que se ejecuta en Tréveris. Me estoy refiriendo, claro está, a Prisciliano, personaje siempre denigrado por las corrientes de opinión católicas, hasta que a finales del siglo pasado el profesor del seminario evangélico de Tübingen, J. Paret⁹, lo reivindicó como el primer Reformador de la Iglesia. El hallazgo casual en 1895 de los 11 *Tratados* de Würzburg, atribuidos a Prisciliano por G. Schepss¹⁰, supuso un notable cambio de opinión sobre el «hereje» Prisciliano.

Pero no me interesa ahora analizar los efectos políticos o sociales del priscilianismo, tema que es permanente objeto de estudio de los historiadores en general y de la Iglesia en particular, de los juristas

⁹ F. Paret, *Priscillianus. Ein Reformator des vierten Jahrhunderts. Eine kirchengeschichtliche Studie, zugleich ein Kommentar zu den erhaltenen Schriften Priscillians*, Würzburg 1891.

¹⁰ G. Schepss, *Priscillian. Eine neu aufgefundene lateinische Schriftsteller des 4. Jahrhunderts*, Würzburg 1886. Tres años más tarde nos ofrecía la «editio princeps» de los *Tratados: Priscilliani quae supersunt*, CSEL 18, Vindobonae 1889.

que estudian la legalidad o ilegalidad del juicio, de los teólogos, de los sociólogos e incluso de los literatos, tales como A. Cotarelo, D. Cortezón, C. J. Cela y M.^a Xosé Queizán, que lo han convertido en recreación literaria ¹¹.

A mí me interesa ahora verlo como motivo o causa de la situación cultural de una época y de su entorno geográfico. Es evidente que ante una situación tal, pronto iba a convertirse Prisciliano, por su doctrina y por sus escritos, en generador de una interesante y abundante literatura polémica y teológica. Quien quiera conocer los fundamentos teológicos de la religión o quiera prepararse para defenderse contra la penetración del priscilianismo ha de trasladarse fuera de nuestras fronteras para prepararse. Por esta razón, Avito ¹² y Baquiario se van a Roma, y Orosio se va a Cartago al lado del obispo de Hipona, Agustín, para estudiar mejor el caso, y escribe su *Commonitorium* ¹³. Y quién sabe, yo no me atrevería a afirmarlo, pero permítaseme la sospecha que otros también han tenido, si no fue la huida de las garras priscilianistas lo que motivó el viaje a los Santos Lugares de la «monja» Egeria, cuyo resultado es el gracioso y, por tantas razones, trascendental *Itinerarium* ¹⁴.

¹¹ La atención prestada a Prisciliano y al «affaire» priscilianista desde los más diversos puntos de vista queda corroborada por los más de 330 trabajos que se le han dedicado, además de las referencias que se encuentran en los autores latinos contemporáneos y posteriores. Textos latinos y estudios dedicados al tema aparecen todos recogidos en mi trabajo «Prisciliano de Ávila y el priscilianismo desde el siglo IV a nuestros días: rutas bibliográficas», *Cuadernos Abulenses* 3 (1985), 13-77. Sobre la recreación literaria del «affaire» priscilianista, cf. mi artículo «Prisciliano e o seu entorno ne visom literária de três galegos: Cotarelo, Cortezón e Queizán», *Agalia* 7 (1986), 261-274.

¹² El número y la personalidad de los Avitos es todavía discutida. El que viajó a Roma aparece mencionado por Orosio en su *Commonitorium*, § 3. Sobre este tema cf. B. Altaner, *Patrología* (trad. esp.), Madrid 1962, 443-445; A. García Conde, «Los Tractatus Origenis y los origenistas gallegos», *CEG* 4 (1949), 27-56 y J. Madoz, *Segundo decenio de estudios de patristica española: 1741-1750*, Madrid 1951, 69-71.

¹³ Agustín, informado ya de la doctrina priscilianista, según conocemos ahora mejor, después del hallazgo de las epístolas de Consencio (cf. nota 17), sería probablemente su asesor y su impulsor para que redactase su *Commonitorium de errore priscilianistarum et origenistarum* (ed. G. Schepss [nota 10], pp. 151-157).

¹⁴ De la importancia de esta obra y de su autora dicen bien los más de 300 trabajos que se le han dedicado, de los que 276 ya fueron recogidos en 1979 por M. Starowieyski, «Bibliografía Egeriana», *Augustinianum* 19 (1979), 297-318. La idea de un posible contacto de Egeria con el priscilianismo parte de Chadwick, quien ofrece cuatro posibles razones como prueba, cf. H. Chadwick, *Prisciliano de Ávila* (trad. J. L. López Muñoz), Madrid 1978, 220-222.

El viaje fuera de nuestras fronteras también tuvo repercusiones para Baquiario, que escribe su *De fide* para defenderse de la acusación de priscilianista ¹⁵.

Pero más importante literariamente fue el viaje de Orosio que, después de visitar a Agustín, y guiado por su consejo, se va a Jerusalén donde, al contacto con Jerónimo y la cultura latina oriental, va a surgir su interesante *Historia adversum paganos*, sobre la que volveré luego. Pero sin salir de Galicia serán Sinfosio y su hijo Dictino, ambos obispos de Astorga, y Pastor y Siagrio y Agrestio también obispos, quienes, enzarzándose en una lucha de ataque y defensa del priscilianismo, producirán una literatura abundante de carácter teológico ¹⁶.

Pero Prisciliano es generador no sólo de esta literatura enmarcada en el ámbito de la Gallaecia, sino de otra de carácter más universal. Desde Cartago Agustín se hace eco de la doctrina priscilianista, y el testimonio de las cartas de Consencio, descubiertas hace muy pocos años por Divjak ¹⁷, son una buena y rica prueba. En Jerusalén Jerónimo analiza el problema, y si bien apoya en un principio el movimiento, terminará luego atacándolo con dureza ¹⁸. En la Galia el obispo Martín de Tours lo defiende, y su cronista Sulpicio Severo nos ofrece abundantes datos que testimonian la repercusión que el «affaire» priscilianista tuvo fuera de nuestras fronteras ¹⁹. Por toda la Península surgen voces, como la de los obispos de Mérida, Córdoba y Faro, que para solucionar el problema recurren a la convocatoria de un concilio,

¹⁵ Baquiario, después de una militancia priscilianista de la que nos dejó constancia en su *De reparatione lapsi* o *De lapsu* (PL 20, 1037-1062) y en dos epístolas que le fueron atribuidas por G. Morin, *RB* 31 (1914), 1-34 (= *PLS* 1, 1035-1044), renegó de su priscilianismo, y al mismo tiempo que ponía tierra de por medio, marchándose a Roma, escribía su *De fide*, editado por J. Madoz, *RET* 1 (1940), 463-474. Un estudio sobre esta obra, debido al que será su editor para el *Corpus Patristicum Hispanum*, A. Mundo, puede verse en *Stud. Mon.* 7 (1965), 247-278.

¹⁶ Estos y otros autores latinos de la Gallaecia, cuya literatura es hoy prácticamente desconocida, es el tema de otro trabajo de próxima aparición.

¹⁷ J. Divjak, *Sancti Aurelii Augustini opera. Epistolae ex duobus codicibus nuper in lucem prolatae*, CSEL 88, Vindobonae 1981.

¹⁸ En *vir. ill.* 121 reconoce que Prisciliano había escrito «multa opuscula», sin que se observe ningún rechazo, aunque se hace eco de las disputas entre defensores y detractores. Por su *epist.* 75, 3 y c. *Vigil.* 6 descubrimos que por lo menos había leído el primero de los Tratados.

¹⁹ Cf. especialmente *Chron.* 2, 46-51 y también *dial.* 2, 11-13, *Mart.* 20, 1-7.

primero en Zaragoza, en el año 380, y luego en Toledo, ya en el 400. Los contactos con Roma, Cartago, Jerusalén y la Galia se hacen constantes, y con ellos la literatura epistolar, la historiografía y la teología reciben un notable impulso.

Evidentemente, esta elevación de nivel intelectual y este aumento de la producción literaria hay que cargarlas en el haber de Prisciliano, cuya actividad se desarrolla en el NO. peninsular en aquellos años finales del siglo IV, independientemente de que fuera o no de origen galaico, cuestión en la que no voy a entrar ahora, ni tiene la más mínima importancia para el análisis del fenómeno literario que ahora consideramos.

Sin tener en cuenta lo que supuso el priscilianismo como expansión del cristianismo en Galicia, especialmente en el medio rural, hay que recordar, al menos, que gracias a Prisciliano los textos de los Apócrifos son conocidos, estudiados y comentados en la Gallaecia²⁰. Por los escritos del propio Prisciliano nos consta que los Hechos de los Apóstoles circulaban en latín por Gallaecia en el siglo IV, y es posible la controversia priscilianista la causa de que pocos de ellos nos hayan sido transmitidos.

Los mismos Tratados de Prisciliano, concretamente el VI, parece confirmarnos también la difusión del Apocalipsis griego de Baruch. Por lo menos es seguro que una traducción latina del mismo circulaba en el siglo VII, según testimonio de Valerio del Bierzo²¹.

Pero hay algo que me parece mucho más significativo desde el punto de vista cultural. Y es que gracias al priscilianismo, la himnodia, que por la misma época desarrollaba en Milán el obispo Ambrosio, alcanza por vez primera fuerza en la Península. Desgraciadamente no nos quedan testimonios, ya que el IV concilio de Toledo (a. 633) anatematiza a aquellos que utilizaran los himnos priscilianistas, y fue

²⁰ A. Barbero de Aguilera, «El priscilianismo, ¿herejía o movimiento social?», *CHE* 37-38 (1963), 4-41; M. C. Díaz y Díaz, «La cristianización de Galicia», en *La romanización en Galicia, Cuadernos del Seminario de Estudios cerámicos de Sargadelos* 16, 1976, 107-120 y J. Fontaine, «Panorama espiritual del occidente peninsular en los siglos IV y V: por una nueva problemática del priscilianismo», *Primera Reunión Gallega de Estudios Clásicos*, Santiago de Compostela 1981, 185-209.

²¹ R. Fernández Pousa, *San Valerio. Obras. Edición crítica*, Madrid 1942, 119-121.

sin duda la persecución la causa de su pérdida. Tan sólo una carta de Agustín nos conserva, en cita, algunos versos de un himno de Argirio²².

3.2. Orosio e Hidacio

Pero paralelamente o mejor contra Prisciliano se levantaban por aquel entonces en la Gallaecia dos personajes de extraordinaria trascendencia en la cultura de España, el historiador Orosio y el cronista Hidacio. No me voy a detener en analizar la nueva cronística o la nueva historia que nace ahora con una concepción en parte nueva. Me centraré únicamente en el análisis de una cuestión que, si en algún momento ha estado de actualidad, nunca lo ha sido tanto como en nuestros días: me estoy refiriendo al concepto de «nacionalismo», de exaltación de un pueblo y de una tierra, que ya podemos rastrear por primera vez en estos dos historiadores galaicos del siglo V.

3.2.a) Nacionalismo

Intentaré, pues, descubrir esos sentimientos profundamente hispanos de Orosio e Hidacio, absolutamente ausentes en Séneca o Lucano, y escasamente manifestados en Marcial o Prudencio. Orosio e Hidacio son, en mi opinión, el punto de transición entre el sentimentalismo hispano de Marcial y Prudencio y el nacionalismo incipiente de Juan de Biclario y manifiesto de Isidoro de Sevilla.

El cambio de mentalidad de Orosio e Hidacio viene dado por el cambio político que se produce a raíz de la invasión bárbara y el asentamiento de los suevos en Galicia, lo que provocará una mutación de actitudes que queda reflejada en la obra de los dos primeros historiadores hispanos. Ya no van a emigrar a Roma, como Séneca o Lucano o Marcial, sino que, desvinculados del centralismo romano, em-

²² Aug. *epist.* 237. El obispo de Hipona responde con esta carta a Cerecio, quien le había enviado un himno y dos libros de Argirio para que los examinara. Entresacamos algunas citas de los versos recogidos en la epístola de Agustín: «Lucerna sum tibi, ille qui me uidet...», «Iannua sum tibi quicumque me pulsas...», «Verbo illusi cuncta, et non sum illus in totum...». Estos versos fueron recreados literariamente por D. Cortezón en su obra dramática *Prisciliano*, Vigo 1970.

Otro poeta del círculo priscilianista y que llegó a merecer el elogio de Jerónimo fue Latroniano, cf. Hier. *vir. ill.* 122.

piezan a vincularse a su «provincia» y a su gente. Con la desvinculación política viene pronto la descentralización cultural, ocupándose entonces de problemas locales que les afectan más directamente que los que ahora tiene el Imperio, sin que ello suponga, en ninguno de los dos historiadores, una rotura cultural, sino tan sólo una desviación de atenciones. De tal forma que con la nueva situación política tiene lugar la aparición de una literatura más comprometida con Hispania en el caso de Orosio y con la Gallaecia en el de Hidacio.

No podemos negar el concepto de universalidad de la Historia de Orosio. No era posible entonces escribir historia de otro tipo, ya que Roma seguía siendo por una parte la capital del Imperio, en cuanto poder terrenal, y por otra capital del reino cristiano. Que Orosio la contemplaba bajo estos dos puntos de vista se confirma por su auto-definición de «Romanus» y «Christianus», en cuanto súbdito del poder temporal y ciudadano de la ciudad celeste. Bajo este prisma denomina a Roma «patria», en sentido equivalente a «res publica», porque para él, la patria, su patria, es Hispania, cuya historia discurre paralela a la de Roma en su obra. No de otra forma debemos interpretar «mea patria», cuando habla de España. Y lo que es más significativo aún: frente a la división política oficial en provincias romanas, Orosio la siente como una unidad, utilizando expresiones del tipo «tota» o «cuncta Hispania», y usando en 52 ocasiones el singular «Hispania», frente a 12 el plural «Hispaniae», en casos justificables por distintas razones²³.

Si de la terminología lingüística pasamos al campo del contenido, las abundantes y elogiosas noticias sobre Hispania nos manifiestan la satisfacción del autor, no sólo por Hispania como unidad, sino como

²³ Muy interesante en este sentido es el libro de S. Teillet, *Des Goths à la Nation Gothique. Les origines de l'idée de nation en Occident du Ve. au VIe. siècle*, París 1984, que profundiza en las ideas apuntadas por J. Fontaine, «Romanité et hispanité dans la littérature hispano-romaine des IVe. et Ve. siècles», en *Assimilation et résistance à la culture gréco-romaine dans le monde ancien* (Ve. Congrès International d'Études Classiques), París 1976.

Sobre el caso concreto del «españolismo» de Orosio son de destacar las dos opiniones divergentes de M. de Castro, «El hispanismo en la obra de Paulo Orosio», *CEG* 7 (1954), 193-250 y C. Torres, «La historia de Paulo Orosio, datos biográficos», *RABM* 61 (1965), 107-135.

unidad frente a Roma. Es así como hay que entender la extensa descripción del heroísmo de los saguntinos, de la resistencia de Numancia, de la bravura de los cántabros y de los astures. Todos estos hechos son para Orosio muestra evidente del heroísmo en la historia pasada de un pueblo en su lucha de oposición y resistencia a Roma.

Pero dejemos de referirnos a acontecimientos históricos que habían precedido algunos siglos al autor y concentrémonos en los de su época, y más concretamente, por razones políticas y por coincidencia en el tratamiento del mismo tema también por Hidacio, en la figura del emperador Teodosio. No sólo lo pinta como el prototipo del «princeps christianus», cuyo modelo encarna, sino que al contraponerlo al «tyrannus», que alcanza el poder por la sublevación, su figura queda excepcionalmente resaltada. Sus éxitos militares sobrepasan los de los más ilustres emperadores romanos. Aprovechemos unas palabras suyas, en las que echando mano de los «exempla», recurso tan utilizado por la historiografía latina, se pone bien de manifiesto su «elogium» de los emperadores que España había aportado a Roma, a la que habían salvado en comprometidas situaciones: «Gratianus... eadem provisione qua quondam legerat Nerva Hispanum uirum Traianum, per quem respublica reparata est, legit et ipse Theodosium aeque Hispanum uirum et restituendae reipublicae necessitate... purpura induit...»²⁴. Inmediatamente Teodosio aparece, cual otro Augusto o Constantino, ensanchando el Imperio.

El ejemplo de Teodosio, un caso particular, es luego extrapolado a nivel general para poder afirmar: «...Hispania, siempre fiel y poderosa, si bien ha dado al Estado romano generales óptimos e invictos, jamás, desde sus orígenes hasta hoy, ha dado ningún tirano, ni ha dejado salir vivo y con fuerzas al que de fuera ha llegado a ella»²⁵.

Al final de su obra asistimos a una visión de España que ya ve acercarse el fin de la dominación romana, incapaz ya de asegurar su protección. Y frente a la perfidia romana vemos aparecer la nobleza

²⁴ VII, 34, 2, ed. C. Zangemeister, *Historiarum adversum paganos libri VII*, Hildesheim 1967 (reimpr.), 521.

²⁵ «...fortis fide an uiribus semper Hispania cum optimos inuictissimos reges reipublicae dederit, nullum umquam tyrannorum ab initio usque in hodiernum diem uel de se editum misit uel in se extrinsecus incurrentem uiuum potentemue dimisit» (V, 23, 16).

del pueblo godo, que dará lugar al nacionalismo hispanogodo y se opondrá al imperialismo y universalismo romano. La discreta manifestación de Orosio se verá reforzada en la postura adoptada por su paisano y casi contemporáneo Hidacio.

Hidacio es el introductor de un nuevo género literario en Hispania, el género cronístico, resultado de su juvenil experiencia en Oriente, durante la cual tuvo ocasión de conocer, entre otros, a Jerónimo. Y si ya Orosio había hecho una historia universal con tendencias marcadamente hispanas, Hidacio, que concibe su Crónica como universal, en cuanto que continuación de la de Eusebio y de Jerónimo, a partir del § 42 la irá reduciendo prácticamente a Hispania. La invasión del 409 es la causa determinante, como el año 711 lo será para la Crónica Mozárabe. Los acontecimientos que preocupan al autor son, a partir de este momento, los hispanos, y los del Imperio sólo en tanto en cuanto política y administrativamente tienen repercusión en la Península²⁶.

Esto es observable no sólo en el contenido sino también en la estructura de la propia Crónica. Así, el primer testimonio de su hispanismo nos viene dado por la utilización de una nueva datación cronológica de enorme repercusión, no sólo en la literatura medieval sino también en la documentalística y en la epigráfica. De esta forma, al lado de un encuadre cronológico por emperadores y por Olimpiadas, aparece siempre la Era hispana. Conocía, sin duda, por su viaje a Oriente y sus lecturas, las diversas eras que venían utilizándose, y buscó una cuyas diferencias fuesen bien acentuadas con las usadas en otros lugares, y cuyo comienzo, fijado en el año 38 a.C., sigue siendo un pequeño enigma²⁷.

²⁶ Sobre esta demarcación temática, determinada por la invasión árabe en el caso de la Crónica Mozárabe, cf. J. E. López Pereira, *Estudio crítico sobre la Crónica Mozárabe de 745*, Zaragoza 1980, 10-11, *passim*. En el caso de Hidacio son los suevos, al establecerse en Galicia, quienes circunscriben temáticamente su Crónica, J. E. López Pereira, «Gallaecia, algo más que un nombre geográfico para Hidacio», en *Primera Reunión Gallega de Estudios Clásicos*, Santiago de Compostela 1981, 243-251.

²⁷ Origen norte hispánico y criptocristiano le atribuyó A. d'Ors, *La era hispánica*, Pamplona 1962, opinión que consideró poco convincente M. C. Díaz y Díaz, «Pequeñas aportaciones para el estudio de la 'Hispana'», *REDC* 17 (1962), 374, n. 7. La importancia del año 38 en la vida y política de Augusto la ha estudiado A. Ferrari, «El año 38 a.C. en Casio Dio, San Jerónimo y Orosio», *BRAH* 166 (1970), 139-166. Sobre su utilización en la literatura hispánica cf. J. Vives Gatell, «Notas sobre la era hispánica», *HS* 14 (1961), 473-475, y sobre todo su art. «Era hispánica», en *DHEE* II, Madrid 1972.

Si de la técnica y estructura historiográfica pasamos al análisis de los acontecimientos históricos relatados, tenemos necesariamente que reafirmarnos en un especial interés de Hidacio por todo lo hispano. Ya desde los primeros capítulos entran en su Crónica personajes hispanos, como el papa Dámaso y el emperador Máximo, además de Cinesio, prefecto de Teodosio, personaje casi desconocido, o el cónsul Asturio, distinguido en la guerra contra los bagaudos, así como el poeta Merobaudes²⁸. Sólo el interés por lo hispano justifica la inclusión de éstos y otros datos en su obra. Pero, aún más. Dentro de esta Hispania es Gallaecia, política y culturalmente, su preocupación, y cuando ella sabe resistirse a la invasión bárbara, él se llena de orgullo, y no tiene inconveniente en presentarse ante Aecio como embajador de su pueblo, contando con el apoyo de la Iglesia («sub interventu episcopali»), para exigir garantías de paz²⁹.

Bajo este prisma de interés personal por Gallaecia hay que interpretar la personalidad que el autor nos describe del emperador Teodosio, que contrasta más al compararla con la ya brillante figura política que nos había pintado Orosio. No le basta a Hidacio con señalar en este «Spanus de provincia Gallaeciae ciuitate Cauca» los hechos más notables, sino que para no enturbiar su personalidad —y esto es importante porque estamos ante la historia-propaganda— oculta, e incluso falsea datos, como ocurre en el caso de Atanarico, a quien denomina «rex Gothorum», a fin de que no parezca tan grande la humillación que supone haber sido forzado a pactar con él³⁰. Con la misma intención omite la noticia de los grandiosos funerales con que fue honrada su memoria.

Es evidente que por encima de su sentimentalismo hispano, Hidacio se siente profundamente identificado con su pueblo galaico. Y no se puede perder esta perspectiva a la hora de enjuiciar la postura que adoptó ante el priscilianismo. Erraría quien viera en su oposición mo-

²⁸ Parágrafos 13, 16-18, 125 y 128. La opinión de Hidacio sobre Merobaudes: «...eloquentiae merito uel maxime in poematis studio ueteribus comparandus, testimonio etiam prouehitur statuarum» (§ 129), lo corrobora su estatua, descubierta en 1813 en el Foro de Trajano (*CIL* VI, 1724).

²⁹ §§ 96 y 100.

³⁰ § 6.

tivaciones solamente religiosas. Si tanto le preocupaban los acontecimientos eclesiásticos y los problemas dogmáticos con que se enfrentaba la Iglesia, ¿por qué no nos dice nada del Concilio de Efeso (a. 449) ni del de Calcedonia (a. 451)? Sin embargo, sí tiene palabras muy duras, y condena expresamente el priscilianismo, al que considera herejía «blasphemissima» y «perniciosissima»³¹. Es porque detrás de las razones dogmáticas están las políticas, y el priscilianismo, que había dividido al clero de Gallaecia, había dividido también la Gallaecia, favoreciendo de esta forma la invasión de los suevos, que él rechaza, hasta el punto de ser apresado en su iglesia de Chaves y encarcelado³². Era el año 460. Pero este pueblo, al que Hidacio amaba tanto, había de dar pruebas de correspondencia, y con sus presiones obligó al gobierno suevo a dejarlo en libertad diez años antes de morir. Entretanto tuvo tiempo para escribir su bien conocida Crónica, en la que ya se adivina el «regnum Gothorum» que vendrá a sustituir al «regnum Sueuorum» de Gallaecia. El final de esta Crónica «regnum destructum et finitum est Sueuorum» (§ 175) tiene continuidad en el «regnum Sueuorum deletum in Gothis transfertur» de Isidoro (*hist.* 92), con lo que va a nacer oficialmente la *Hispania natio*.

Universidad de Santiago

JOSÉ EDUARDO LÓPEZ PEREIRA

³¹ § 32.

³² § 32.